

Rastei en la Suiza sajona, hendidas, arañadas como por una garra gigantesca. En noche tempestuosa, Monserrat inspira pavor y un cierto pasmo trágico en el cual encuadran como en su propio marco los genios artísticos de Balaguer y de Bretón. Se cree ver, á la lividez del fulgor intermitente y cárdeno, pasar la sombra errante y desesperada del fraile perjuro, sacrilego, violador y miserable homicida, reclamando en vano piedad para su horrendo crimen. Las cruces de hierro parecen haber sido colocadas para aumentar la sensación de la escena final de arrepentimiento y de apoteosis. Sin la grandeza religiosa, Monserrat atrae por su aspecto artístico, de romance áspero, de trágica leyenda, de plástica encarnación poemática. No es Covadonga, ni el Pilar: es otra belleza sublime aparte.

Y Santiago... Santiago lo es todo; pero principalmente elevación artística. Santiago es la España recia, iluminadora del Orbe. Al llegar al Santuario, se ven en la plaza simbolizados los cuatro agentes magnos del florecimiento español. La Universidad incomparable, la central de vida, *alma mater*, sinobia interna de la denominación espiritual sobre dos mundos; la Catedral, incomparable, única, impregnada de un espíritu que asocia lo natural á lo divino en consorcio superior á todas las concreciones dogmáticas; el Hospital, emblema de la nueva investigación y fuente de las primeras presciencias sociológicas; el Ayuntamiento, que evoca la obra tenaz de la municipalidad y de sus emancipaciones definitivas; y todo ello realizado por la inspiración sobrehumana, por el arte puro y severo, por la exaltación que llevó á emperadores, reyes, príncipes, duques, papas, obispos,

santos, guerreros, trovadores, artistas, mujeres y niños á las gradas de Compostela á curar sus llagas en el hospital bienmisericordioso y á postrarse de hinojos ante el pórtico de la gloria. Santiago lo es todo. Allí, las cenizas del Apóstol palpitan: son ciencia y son fe; son piedra y madera, y lienzo y oro, y orfebrería; son plantas verdequeantes y arroyos que psalmodian sobre guijas la estancia inmortal; son cantos y costumbres, y romances, y dichos, y agudezas, y bosques rumorosos; y aguas encantadas, y esmeriladas brumas, y cielos estrellados. Cuando no vayan allí fatigados los cuerpos, seguirán enderezando sus pasos sin rumores hacia las piedras santas, ablandadas por los dedos febriles de los inspirados artífices y hacia las síntesis gloriosas de la ciudad madre y maestra, peregrinadoras las almas.



El Pilar no tiene sino una sugestión única, invencible, pero aislada: la Fe. Una ciudad como otras; una calle que habéis encontrado en poblaciones análogas y cuyos comercios os recuerdan otros semejantes. Una glaza ni grande, ni pequeña, ni monumental, ni pobre, ni bella, ni ridícula. Y allí, á dos pasos del mercado, un templo que no nos subyuga con sus líneas arquitectónicas, ni despierta la menor sugestión artística con sus torres y sus cúpulas de tejas de colores; entráis, y no sentís el pasmo que infiltran en la medula Reims y Burgos, y León y Santa Sofía; allí no hay para leer páginas ancestrales, ni leyendas, ni romances, ni perspectivas estudiadas. Pero allí está... *El Pilar*.

Y unos peregrinos, muy pocos, quedamos fuera desencantados, y los más entran sobrecogidos, besan la Piedra, oran y se postran y vierten el llanto abrasador de la Fe.

De la Fe, sumisa, ciega, tenaz, resuelta, incoercible, que ha movido las cumbres y volverá á moverlas, que ha hecho vacilar á las naciones fuertes y las hará oscilar de nuevo. La Fe, sola, irreductible, avasalladora, acerca de la cual quedan todavía por hacer tantos libros...

LA ALBORADA DE LA MERCED

Quise ver la velada. Me había figurado una fiesta alegre, ruidosa, que tuviera algo de aragonesa y de musulímica; con punteados y rasgueos, coros y plegarias; con algazaras de ferial y suntuosidades de templo; que oliese á pólvora y á clavelones levantinos, á tocado de mujer y á flor de naranjo. Y me encontré con calles oscuras, tortuosas, semidesiertas, sin más luminarias que las de los astros lejanos, ni otras parrandas que las que preludiaba el viento del Morrón y de Monteagudo al columpiar las ramas de los geranios en las rejas muzárabes.

Sobre el suelo, cubierto de finísima arena, discurrían inquietas sombras. En los balcones, se adivinaban grupos de mujeres prendidas de dalías. Cruzábanse arriba oriflomas y gallardetes, pero sin color, como líneas medio borradas por la oscuridad de la

noche, como encintados y nervios de un bóveda que no tuviese ningún creyente ni cobijase á ningún dios.

Y así llegó la media noche. Me invadía una amarga tristeza. De aquella raza creyente y fanática no quedaba ni rastro; de aquel pueblo murciano, enamorado de la luz, como la libélula, y del estruendo, como el tigre, no había ya señales. Todo estaba ya muerto, como sus maravillosas leyendas, como sus tradicionales costumbres. El espíritu levantino no daba más de sí que oscuridad, silencio y duelo.

Sonó una campanada en la torre; después, otra; y, al acabar de sonar las doce, el susto, el pasmo, la congoja, disputaron en el corazón el lugar al asombro y á la admiración entusiasta. Fué algo primitivo, semibárbaro si se quiere, pero grande, atrevido, prodigioso. Súbitamente, la calle convirtiéndose en un torrente de luz, reflejada por millones de prismas; las campanas voltearon con toda la intensidad de su sonería, y un estallido horrible, inenarrable, apocalíptico, pareció estremecer el cielo y la tierra.

Más de doscientas atronadoras bombas y doce mil cohetes fueron disparados á un tiempo. El cielo parecía una red de fuego, y las bengalas, con su luz rojiza, convertían el arrabal en inmensa hoguera. Y como si aquel tremendo estallido no saciara el ansia de aturdimiento loco de la muchedumbre, rompiendo en un fuego, sólo comparable al de cien baterías, por los bordes de los tejados y las barandillas del balconaje, corría la *traca*, reventando en dos mil explosiones, como de calderas que estallan y de montes que se derrumban, sobre aquella muchedumbre serena, sonriente, enamorada del peligro, para la

cual tanto y tan inusitado fragor era pequeño ante un solo latido de su corazón de gigante.

Deslumbrado, sobrecogido, como ante la súbita ignición de un volcán, sintiendo en la garganta anudarse la angustia, y en las pupilas asomar el lloro, incapaz de resistir el cambio instantáneo de las tinieblas al deslumbramiento y del temeroso silencio á la explosión de la tempestad y del cráter, quedé incapaz de moverme durante un minuto. Y luego, miré. El templo mostrábase abierto, y resplandecía en luminarias; el humo del incienso salía por sus puertas en azuladas nubes, y un coro de niños, de albas vestiduras, entonaba la salutación del arcángel. Y era en las naves tal el esplendor de las sacerdotales vestiduras, cuajadas de oro y pedrería, y eran en las calles tantas las luces y tales los acordes, tan espléndidos los adornos y colgaduras, y tan hondo el fervor, que allí era todo templo; templo que se extendía hasta la misma huerta, sin que fuera posible decir á los labios dónde acababa el dominio del hombre y dónde comenzaba el fuero de la Divinidad.

Todo resplandecía: bombas incandescentes y arcos voltaicos, cirios y vidrierías, prismas y galas; y, ante aquel hormiguero de luces, los huertanos descubriábase con unción fervorosa, como en la nave de San Pedro los magnates, al ser bendecidas las palmas; y, sobre sus cabezas desnudas, pendían guirnaldas de flores de cáliz immaculado y níveo, como penden las campanillas de plata cincelada á buril, en la procesión majestuosa, de las andas del Gran Misterio.

Y cuando, al cerrar sus puertas el templo, la religión hubo cobrado su tributo de reverencia, al son

de acordadas y acompasadas músicas, bajo un túnel de luz y de verdura, sobre la fina arena, que parecía una alfombra de nereida, comenzó á pasear su andar rítmico y soberano la innúmera falange de mujeres hermosas, es decir, murcianas, de aspecto helénico, de ojos como carbunclos é incomparable gallardía. Y entonces fué cuando, ante la contemplación de tanta belleza sublime y de tanta majestad subyugante, fué mayor el deslumbramiento, y el pecho, más oprimido todavía, precipitó su fuerte latir.

¡Oh, fiesta sin rival y sin precedentes! En ti vibra ese genio de la huerta murciana que arranca en la noche su suspiro al cañaveral y dormita entre los azahares, y se ciñe con peplos de rosas orientales, y se alumbraba con espejeantes hormigueros de estrellas. Dormida en el pasado, de que has de despertar, obscurida por impostores, detenida en la senda del progreso por explotadores y por tiranos, todo te lo perdono, región sublime. Y, atrasada ó moderna, envuelta en randas y ornada de caireles, con ímpetus arábigos é impulsos celtas, pero siempre arrogante y magnífica, como los genios que alzaron tu contrapareda, como los fieros nómadas que dejaron su esfuerzo viril en tus surcos y acequias, con la bondad del ángel y el enloquecimiento de Satán, así te quiero, ¡oh, Murcia!

Á CAZA DE ENSUEÑOS

¿Dónde está la felicidad verdadera? En buscarla. Ved la afirmación única en que están conformes epi-

cúreos y estoicos. Por el camino del placer ó por el de la satisfacción interior, siguiendo los consejos de Epicuro ó las máximas de Crisipo, oyendo la voz de D'Annuncio ó la de San Bernardo, es preciso poner la dicha en su propia conquista. El inolvidable Campoamor, cuya estatua inaugurarán uno de estos días sus paisanos en Navia, cinceló en versos inmortales este indiscutible aforismo: «Vale más el deseo sin posesión que la posesión sin deseo.»

Por eso, nada envidiamos tanto á los ricos—ni sus palacios, ni sus banquetes, ni sus joyas, ni sus carruajes, ni sus fiestas—como sus viajes maravillosos. Ellos les permiten buscar la felicidad no sólo en el tiempo, sino en el espacio, y alimentar, durante la estación del año más espléndida, la ilusión de que van á encontrar la dicha en lugares desconocidos, herméticamente cerrados á los que no pueden romper con mazo de oro de mango de nácar el sello magno de Salomón.

La felicidad, acaso, se aleja conforme avanzamos. Pero ¿y el placer incomparable de haber corrido ilusionados tras ella, como tras los colores del iris los cándidos niños de la dolora? Terminado el estío, volverán los poderosos á rendir culto á Domiduca, la diosa del hogar doméstico, apretando en sus manos cerradas unas gotas de lluvia ó un rayo de sol; al abrirlas, nada encontrarán; pero se habrán tonificado en esa caza de la dicha, cuyos lebreles son la ilusión y la esperanza. Viajar es renovar perspectivas y ensueños; por eso, el héroe más grande de la antigüedad no es Aquiles, ni Héctor, ni Agamenón: es Ulises, arrullado por los mares de las más variadas latitudes, adormecido por el canto de las sirenas de

todas las costas, que, al volver á la suya, encuentra á su esposa idolatrada tejiendo y destejiendo los cenales de la fidelidad.

✻

El Estado gubernamental, que algunas veces gusta de disfrazar con el manto severo de Catón las concupiscencias de Sardanápalo, ha privado á los veraneantes de uno de sus más inofensivos solaces: el juego. Claro es que, en absoluto, esta medida poderosa es ineficaz; no se jugará en los casinos, pero sí en las villas, los *chateaux*, los yates y, si fuera preciso, en las tascas; pero se habrá salvado la pudibundez. Pensar que el jugador no encontrará ocasión de rendir holocausto al envite, es candidez supina. Lo que sucederá es que en vez de cobrar el barato los establecimientos benéficos, lo harán los maléficos. Pero nos haremos la ilusión de que habremos desterrado de la vida el azar, lo cual sería portentoso, pero demasiado ritual y oficinesco.

La vida sin azar sería una cuadrícula insoportable. Esta opinión puede oirse de labios de quien nunca apostó, limitándose á porfiar, conforme al consejo de la más venerable de sus abuelas. Pero saber que todo responde á leyes fijas, á pautas acordadas, á cálculos exactos logarítmicos, es algo que tiene la yerta frialdad de los témpanos. El azar es un bienhechor con quien todos tenemos cuentas pendientes y al cual invocamos en secreto, aun cuando luego en público lo pongamos ingratamente como chupa de dómine. Ganar ó perder es lo de menos para las gentes de selección; lo principal, lo sugestionador es poder,

con la punta de los dedos, levantar una parte del velo que cubre á nuestros hados. ¿Y no es más agradable hacer esto en salones espléndidos, al compás de las músicas, rodeados de mujeres hermosas y de *gentlemen* honorables, que en habitaciones infectas, alumbrados por ruines artefactos de gasolina y vigilados por levantamuertos y espantamartingalas? El cobre sirve para darles pan á los hijos; la plata, para procurarlos enseñanza y acaso bienestar; los billetes, como los cheques, para fundar industrias ó desarrollar proyectos beneficiosos; pero el oro, ¿para qué diantres sirve, si no es para colocarlo en gallardas pilas sobre el tapete verde ó arrojarlo á puñados en la escarcela de una mujer?

¡Por Dios! ¡Basta de morales ficticias! Dejemos á los millonarios que jueguen á los caballitos, siquiera por el temor de que se aburran, y jueguen á los *trusts*, á las guerras, á los empréstitos y á los monopolios.



Hogaño, son los pobres los que juegan á los veraneos. Todos los domingos bajan á millares á la Estación del Norte con sus tarteras, sus botas de vino y sus morrales de explorador. No pocos van indumentados y pertrechados como si fueran á descubrir los Siete Picos ó la documentación municipal, que suele ser más dificultosa. Ya en los andenes, rien, alborotan, se *busculan* (¿pasará este gráfico barbarismo?), toman por asalto los coches incómodos, cuya clase no corresponde jamás á la del billete, y marchan con la familia y los amigos á Cercedilla ó San Rafael.

En estas excursiones, hay siempre verdadera ale-

gría, que contrasta con la fúnebre seriedad de los viajeros de los *rápidos* que se cruzan en el camino. Hay que divertirse, ¡qué diantre!, aspirar á pleno pulmón el acre y tonificador aroma de los pinos y comer una vez á la semana tortilla de escabeche y ternera empanada. La más grata fraternidad reina entre los expedicionarios. Al llegar á El Plantío, todo el mundo ha contado su vida y milagros y cambiado un pitillo de cincuenta ó algún sorbo de peleón. La conversación gira sobre un tema definitivo. «¡Qué mal están las cosas!» Y suena un coro de carcajadas y se cambian apretones de manos ó de lo que se puede. Y llegan los paisajes sublimes. «¡Si tuvieran esto en el Extranjero!...»

Y es verdad: si tuvieran esto...; pero esto no son los altos niveles sobre el Océano, ni los bosques geórgicos y refrigerantes, ni los lípidos manantiales, ni las rumorosas cañadas. *Esto* es la confianza ingenua y decidida en el azar y en el porvenir; es la alegría y tenacidad de unos hombres que saben correr tras de la dicha y cazarla no pocas veces á tenazón.

MARZO EN LA ALDEA

Tomó Dios en sus manos un pedazo de tierra, y creó al hombre, á su imagen y semejanza. El hombre, en seguida, tomó otro pedazo de tierra, y, también á su imagen y semejanza, creó el ideal.

Y, entonces, comenzó la lucha épica, brava, que

no ha de acabar nunca, contra los elementos y contra la barbarie; el combate diario contra la dureza de los peñascos y la petrificación ruda de los cerebros; la epopeya sin fin en que la intelingencia siempre vence, pero siempre queda dolorida y sangrante; porque los divinos artifices son omnipotentes; pero los hombres, como las cosas, recuerdan demasiado su vil origen.

En la labor penosa é inacabable de domar la tierra, es en Marzo cuando no pocos de los humanos esfuerzos quedan deshechos y sus planes desbaratados. Merced al desvelo paciente del cultivador, el campo se ha cubierto de tallos jugosos y verdegueantes; en el empalme de las hojas comienzan á granar las nacientes espigas; en las ramas asoman los brotes, y aun algún prematuro florecimiento anuncia la remuneración pródiga y segura. Y es entonces cuando sobrevienen el granizo ó el vendaval y se frustran en un solo momento las esperanzas de muchos meses de trabajo y cansancio. En las vegas es la inundación, atronadora y formidable, la que esparce sin misericordia el espanto y la ruina; en los puertos es la furia incontrastable del oleaje la que desbarata las portentosas obras de la ingeniería, hace á las naves zozobrar y arranca de cuajo los sillares de los frentes de las escolleras; la Naturaleza protesta de su vencimiento, ruge y maltrata á su domador, para caer finalmente rendida á sus plantas, como una fiera jadeante.

Y por eso, Marzo es el mes de los gritos desgarradores de dolor y de los grandes alaridos de triunfo. Es la lucha. Bien venido sea.

*

Es preciso haber vivido en el campo para saber cuánto no es el desasosiego y cuánta la ansiedad de los campesinos al iniciarse la Primavera. Una nubecilla, un soplo de cierzo, son consultados con la misma inquietud con que pudiera serlo una sibila. El bienestar de todos pende de un brusco desnivel en las temperaturas, de una combinación imprevista de circunstancias climatológicas. Nada puede compararse al espanto ante el espectáculo de la pérdida de una labor constante y penosa. En las ciudades se presta á estos conflictos rurales escasa atención, y en verdad que se hace mal, porque del campo nos viene el alimento y el juicio; de él han de venir algún día los vientos que nos han de purificar ó nos han de barrer.

Háblase ahora no poco de las nuevas doctrinas de Oppelheimer; se vuelve la mirada á la tierra; el problema social no reside en la industria, sino en el campo; la clave de su solución no está en las máquinas ni en el salario, sino en la tierra y en el aprovechamiento de sus frutos. «La cuestión social—dice un escritor— se nos aparecía hasta hace poco vestida de blusa; ahora se nos muestra de calzón corto.» Del centrismo industrial se pasa al agrario; en Rusia no se realiza otra labor apenas que la de la colonización interior; en Alemania no se piensa tampoco seriamente mas que en el mismo tema; en Inglaterra ha versado sobre el problema agrario la última campaña de Lloyd George; en torno á la cuestión de los latifundios, acaban de celebrarse las elecciones de Rumania.

Sin embargo, hace ya muchos años que los hombres de buena fe llamaron la atedción hacia los pro-

blemas de la tierra. Nadie les hizo caso; es preciso que el llamamiento venga de Alemania. Pero ahora, como siempre, en la tierra late el problema de la riqueza y acaso algún otro, como el de la regeneración ética, que todavía no se vislumbra.

Por eso, cuando leemos las noticias de inundaciones, tormentas y desastres, nos contentamos con exclamar: «¡Bah! Todo eso es natural en Marzo.» Pero Marzo es un gran recordatorio que nos avisa de la absoluta inanidad, de la falta de base, de la oquedad imbécil de toda una labor sociológica que ha visto siempre el obrero y no el campesino; la máquina y no la tierra labrada; la riqueza y no el bienestar; la lucha de clases y no la comunión de todos los hombres de buena fe, en el trabajo, la virtud y el afecto.



En las viejas ciudades, Marzo es todavía devoción y recogimiento; toma la vida cotidiana matices de sincera humildad y de poético misticismo; parece como que aquellas buenas gentes, que no cometieron graves pecados, desean vivamente lavarlos y reconciliarse contritas con las divinidades piadosas. En las que ahora se llaman grandes urbes, no se hace ya tan ostensible este movimiento simpático. Los meses son todos iguales; en los días no se nota la menor peculiaridad. Todo tiene siempre la misma indiferencia aparente; en las calles se observa idéntico hervor de colmena; es preciso refugiarse en los hogares para encontrar escondido—y no siempre— el viejo espíritu cristiano, que nos dice en la *Imitación* que el tiempo pasa y nosotros con él. Y no deja, en

verdad, de inquietarnos, en presencia de la creciente uniformidad monótona de las costumbres y los hábitos, la perspectiva de estas enormes colmenas, en que todo el mundo vestirá lo mismo, pensará igual, procederá con arreglo á las mismas cuadrículas y se moverá por exactos egoísmos circunstanciales. Entonces, no habrá Marzo ni Abril, ni domingo ni lunes, ni invierno ni otoño, como ya no va habiendo ni día ni noche: será todo una escena inacabable, monótona, en que la vejez misma no se conocerá sino por la cantidad excesiva de colorete, el blanco cera y los polvos de arroz.

Los enamorados de la Naturaleza seguiremos, no obstante, prefiriendo nuestro rústico Marzo, con sus lloviznas y sus vendavales; sus desbordamientos y sus granizadas; sus soleadas mañanas confortables y sus tardes melancólicas frigidísimas. Amamos más las soledades magnas en los crepúsculos soñadores, cuando caen lentos de las espadañas los acompasados toques bronceos y pasan las bandadas de pájaros á refugiarse en las florestas y el grito de un ave agorera se alza solitario en el cañaveral. Sentimos la nostalgia de las cosas serenas, y queremos bañarnos en ingenuidad; recibir en pleno rostro el agua que cae de los cielos; aspirar á pleno pulmón el vaho vivificador de los surcos engendradores; ver pasar sobre nuestras cabezas la sombra del ave de rapiña, que va á perderse en el horizonte como un diminuto aeroplano; mirar cómo, á poco, se encienden en la cúpula gigantesca las luciérnagas de los mundos; fabricar la idealidad con un poco de barro é infundirle el soplo vivificador de lo Eterno.

Marzo nos parece entonces un entrañable amigo,

que nos acostumbra á la lucha en pleno viento y que nos enseña, á través de sus agitados panoramas, el trabajo, la fatiga, la angustia que cuesta á cientos de millares de hermanos el poder ofrecernos un pedazo de pan.

CAPITALISTAS AL RUEDO

¿No se quita usted? Lo quita el toro.

LAGARTIJO.

Se arrojó el muchacho al anillo, abrió una percalina, gloriosamente desgarrada en becerradas y capeas, y se acercó serena y pausadamente al bruto; acometió la res, y el «capitalista», sin enmendar un palmo el terreno, lanzó tres verónicas elegantes, ceñidas, «belmontinas». «¡Así empezó Pastor!», clamó una voz, y en todos los ámbitos del circo comenzó á sonar el aplauso. Pero entonces, si no mienten los asistentes á la fiesta del último domingo, ocurrió una cosa inaudita: el matador, tan bien dotado de indignación como de poderosas fuerzas hercúleas, asíó al debutante por la cintura y, con la misma facilidad con que habría zarandeado á un pelele de trapo, lo levantó gallardamente y lo arrojó al callejón de cabeza. Un ruido sordo estremeció á los espectadores más cercanos. Maltrecho y dolorido, hubo de levantarse, al fin, el rapaz; y murmuró entre dientes: «¡Qué difícil es darse á conocer!»

Era la amarga queja que en Atenas articuló Alcibíades, y en el París del 78 D'Amicis. ¡Darse á co-

nocer! Hay que cortar al perro la cola, vivir en un tonel, dejarse las melenas ó andar por la calle en calzoncillos. Es preciso ceñirse el casco de bombero de Alfonso Karr ó el sombrero flexible y perfumado de ajenjo de Verlaine; insultar á las gentes ó contraer vicios repulsivos. Por último, se adquiere notoriedad. Uno es conocido por asno, otro por mentecato, éste por ebrio, aquél por invertido, por camorrista esotro, y por estafador el de más allá. Todos acaban por ser ilustres, cuando no caen al callejón de cabeza.

Y después de ser conocidos, nos entra á todos la tristeza de no merecerlo; y viendo á nuestros amigos desconocidos, pero más felices, más ricos y más respetados, en su sana normalidad, experimentamos la amargura de la contrición, y nos preguntamos: «¿Por qué me lancé aquella tarde á dar verónicas? ¿Por qué no hubo un matador de agallas que me metiera de un empujón entre barreras?»

Y tras el remordimiento viene la pública sanción, Alguien que no puede enseñarnos á vestir el frac, ni la toga, ni el jersey, ni el peto, nos llama ordinarios; quién, incapaz de sentir la alegría de las cosas serenas, nos moteja de tristes; no falta quien pide á voz en cuello para nosotros la desaparición y la muerte. Son los nuevos. ¡Librenos Dios de frustrar su carrera arrojándolos de la arena! Dejad que los niños se acerquen al toro; permitidlos que lleguen á la cornada ó al tercer aviso. Bastante pena esperan con la notoriedad. Celebridad tengan, y «El Caballero Audaz» los visite.



¿Hay que decir que no me he enfurecido ante los

cuadros de los pintores «íntegros»? Ellos traen una teoría, no sé si más ó menos sólida que la del pacifismo, la democracia, el progreso humano, la fraternidad universal y demás ensueños cubistas. Creen que la tercera dimensión no ha sido hasta ahora bien representada en el lienzo, ni menos la cuarta; estiman que el movimiento no ha sido comprendido plásticamente, á pesar del cinematógrafo; profesan la creencia de que hay que sugerir la idea de lo interno, lo psíquico y que todo espectáculo está dentro del espectador. Y, sobre todo, pretenden, con justo derecho, darse á conocer. Una vez conocidos, ya vendrá con sus limitaciones el maestro Apeles y con sus rebajas el divino Paco. No hay por qué alarmarse demasiado con los desplantes de los escritores anarquizantes: suelen acabar en las Academias y en las senadurías vitalicias, como suelen terminar por escribir versos románticos los más furibundos detractores de la preceptiva. La vulgaridad viene con los años, como la timidez. Tal que ahora roza con la pechera los costillares escuchará algún día la frase fatídica: «¡Arrímate, tumbón!»

Así hay que empezar por lo descabellado y lo extraordinario y (¿me permitiréis el extranjerismo?) lo «épatante». Recordemos á Casas y á Rusiñol en sus verdes y violados tiempos. Pensemos en el mismo Zuloaga y en sus imitadores sustituyendo á la España de pandereta la España de piporro. Y han llegado, con sobrada razón. El tiempo ha ponderado los mayores desequilibrios. Rubén, Machado, Chocano, Valle-Inclán han escandalizado á los timoratos y luego han llegado á las más altas cimas. La cuestión es llevar dentro alguien. Lo que hay es que no todos

somos alguien, y después de llamar la atención, no somos capaces de sostenerla. Pero la extravagancia es lícita en los primeros tiempos; viene á ser un llamamiento á las muchedumbres indiferentes, un «¡Fijaos, idiotas!», que acaba en el Capitolio ó en el merendero de Juan.

Condenados estamos cuantos ponemos nuestras lucubraciones en feria á ser llamados locos al comenzar y necios al fin de la jornada. El *Hernani*, que promovió en 1830 tempestades y pareció á los literatos de entonces una innovación revolucionaria, fué juzgado por Zola, medio siglo después, como una sandia vulgaridad, hija de la rutina. Acaso antaño fué Rossini el Dukás ó el Debussy de su tiempo. Cambiaron los gustos y cambiaron también los héroes. No es lo mismo arrojarse al ruedo con una percalina en busca del cocido, que tener canas en la coleta y sobre ella el juicio de la posteridad. Los principiantes á quienes llamamos «esquirols literarios» porque escriben de balde, ó los jóvenes de mérito impacientes, pueden gritarnos con razón que somos un estorbo. En cambio, nosotros tenemos derecho á decirles: «Paciencia, señores, que ya nos moriremos. No sabemos cuándo. ¡Dichosos si sabemos hacerlo bien!»



Struggle for... pudding. Pelea por el pan, por el vestido, por el billete del espectáculo; no es otra cosa el afán de notoriedad. Nos indigna cuando macula los más puros motivos éticos y desnaturaliza los fines generosos y desinteresados del Arte y de la Ciencia; pero, sin él, ¿qué empresa sería acometida